

- En Venezuela el recuerdo es atroz y por eso se entierra
- La historia se degrada en anécdota
- Se dan recuerdos apócrifos
- En Venezuela es una condición ética recordar
- Drama entre la Venezuela con recuerdos (La Venezuela gomecista; la mamá) y la Venezuela que no ha vivido (la Venezuela de la democracia; la hija)

VIDA CON MAMA. Si puede llamarse vida. Ya que la hija, aunque trabaja fuera, aún vive en el claustro materno. De la cuna a la sepultura a través de una vida prestada, sin experiencias propias. Las dos están en casa, esperando improbables visitas, soñando, jugando, acosándose y reconciliándose. Pero la madre domina porque tiene una experiencia anterior: los viajes, como símbolo de estar en el mundo, fuera de la casa, y sobre todo la maternidad como el prototipo de la experiencia, de la existencia, de la acción y la pasión, de la realidad. Por eso ella es dueña de las palabras, las puede colocar en el espacio y el tiempo, sabe a lo que aluden, y por eso las puede también barajar a su gusto, para ella las palabras pueden sustituir a la realidad, la pueden prolongar como otro modo de fecundidad cuando ya la sangre no baja. Por eso ella es dueña de los sueños, ella puede proyectar el futuro, no sólo el suyo sino el de su hija y de este modo continúa engendrándola o lo que es lo mismo haciéndola un eco suyo, un doble; seguir dándole a luz equivale entonces a impedir que ella vea la luz. Y la hija, sobreprotegida, pero en el fondo vigilada, se convierte en una minusválida, un ser dependiente. Ella no hará ninguna acción, sólo podrá contar cuentos —experiencias ajenas—, contar lo que ve y lo que oye, ni para excitarse a vivir tiene recuerdos propios. Su madre tiene las llaves de su infancia y de su futuro. Ella le dice gota a gota los placeres que la hija sintió cuando estaba niña y ella le cuenta su futuro, el traje de novia que soñó para ella. Y de estas palabras de la madre recibe vida la hija pero una vida prestada ya que, aunque con la materia de su vida, no puede hacer suyo el recuerdo, una vida de palabras, un presente de muerte. Contra el que sin embargo no se rebelará, pues está castrada. Sin embargo se agarra como naufrago al sueño de su madre, se somete a cambio de que siga soñándolo. Y el traje de novia como símbolo del viaje necesario al mundo, como símbolo de la experiencia, del engendrar y del llenarse —llenar el tremendo hueco, necesidad y pregunta de su existencia posible— es el alimento de su precaria vida. Ese deseo hace posible aún alguna relación de amor, aunque también es un deseo que se alimenta de muerte ya que sólo cuando muera la madre saldrá la hija al mundo. Por eso la hija dice a la madre que asistirá a su funeral con el vestido de novia.

De este modo esta “gratisísima conversación familiar” —como irónicamente llama la madre a su conversación con la hija y llama la autora a su conversación con el público— se convierte en un “homenaje al pasado”. No es que la obra lo pretenda. Creemos que la obra no es, gracias a Dios, ninguna obra de tesis, sería más bien una verdadera indagación en sí y en su tiempo que lleva a cabo la autora como una verdadera, como una peligrosa aventura. El “homenaje al pasado” sería el resultado. Frente a la realidad de quincalla, frente a la realidad prestada que vive hoy la Venezuela cautiva el peso de vida se inclina hacia el pasado. El gomecismo no sería

entonces sólo aquel tiempo del horror; también hubo vida, aldeana, pequeña, muchas veces cursi pero que se vivió. No son recuerdos prestigiosos, inmovilizados como paradigmas, son simplemente cosas que nos pasaron y que más allá del juicio moral se pueden mirar sin ira. Creemos que este modo lúdico, entre cariñoso e irreverente, de tratar el recuerdo nacional significa una verdadera liberación que es también de algún modo una reconciliación con el pasado. Y precisamente esta integración del recuerdo en la vida nacional es la que hace posible también el presente, es la que hace que el presente no sea siempre esa batalla final, esas adhesiones o execraciones solemnes, absolutas que impiden vivirlo sanamente, con su sentido relativo. El recuerdo es distancia que da la dimensión de profundidad, que da lucidez y libertad, ironía para entregarse a vivir el presente.

Aquí se ve la complejidad de la obra que es una acusación de la generación joven a la generación adulta castradora, una acusación de la autora a la generación joven porque no se rebela y también una cierta conciliación dialéctica puesto que se necesitan no sólo para esclarecer el crimen que ambas han cometido con ellas —simultáneamente verdugos y víctimas— sino más aún para articular el recuerdo con el deseo y para vivir.

Esta complejidad, esta pluridimensionalidad —que encierra una liberación más allá del tema— vendría dada por la forma de la obra, que es una obra abierta. No es un teatro solemne, una ficción monolítica sino una obra crítica. Pero no es tampoco un panfleto iracundo y simplón hecho a base de parlamentos retóricos sino una obra que incluye la ceremonia y el divertimento intelectual, la greguería y la alegoría. Y que también tiene drama, esa anécdota sin la que la obra se vuelve abstracta.

No creemos que sea una obra perfecta, pero sí es una obra verdadera. Es una obra de autor, de creación a base de sustancia propia, y creemos que es un buen camino para el teatro venezolano. Ha podido faltar acción dramática, se ha podido caer en algún lugar común, ese retórico apelar al público, ha faltado algo el diálogo, eso tan precario, como señalaba la propia autora, en el teatro venezolano, pero a lo que dialécticamente se ha de aludir con verdadero diálogo teatral. Sin embargo, como Venezuela joven, agradecemos a la autora ese manojito de recuerdos, ese ámbito de imaginación que nos ha creado.

Tal vez haya una fractura entre el texto y la puesta en escena. El texto complejo, pluridimensional, sincopado, la realización más bien realista, un cauce demasiado estrecho para un material tan rico, casi anárquico. Tal vez hubo un error de planteamiento. De todo los modos agradecemos al Nuevo Grupo por el dominio sencillo y cálido de la representación. Nos parece especialmente lograda esa materialización tan surrealista de las viejas fotos, de las canciones y los recuerdos que es el pianista.